



REINA DE LA RAZA

Presentamos en esta página a la bella damita mexicana María Margarita Treviño, que resultó electa Reina en el gran Concurso organizado por la Beneficencia Mexicana de San Antonio, Texas, habiendo presidido, rodeada de brillante séquito, la Fiesta



LI LING AI KEE, autora y artista china recientemente llegada a los Estados Unidos con el objeto de preparar una obra teatral china que será filmada dentro de poco.



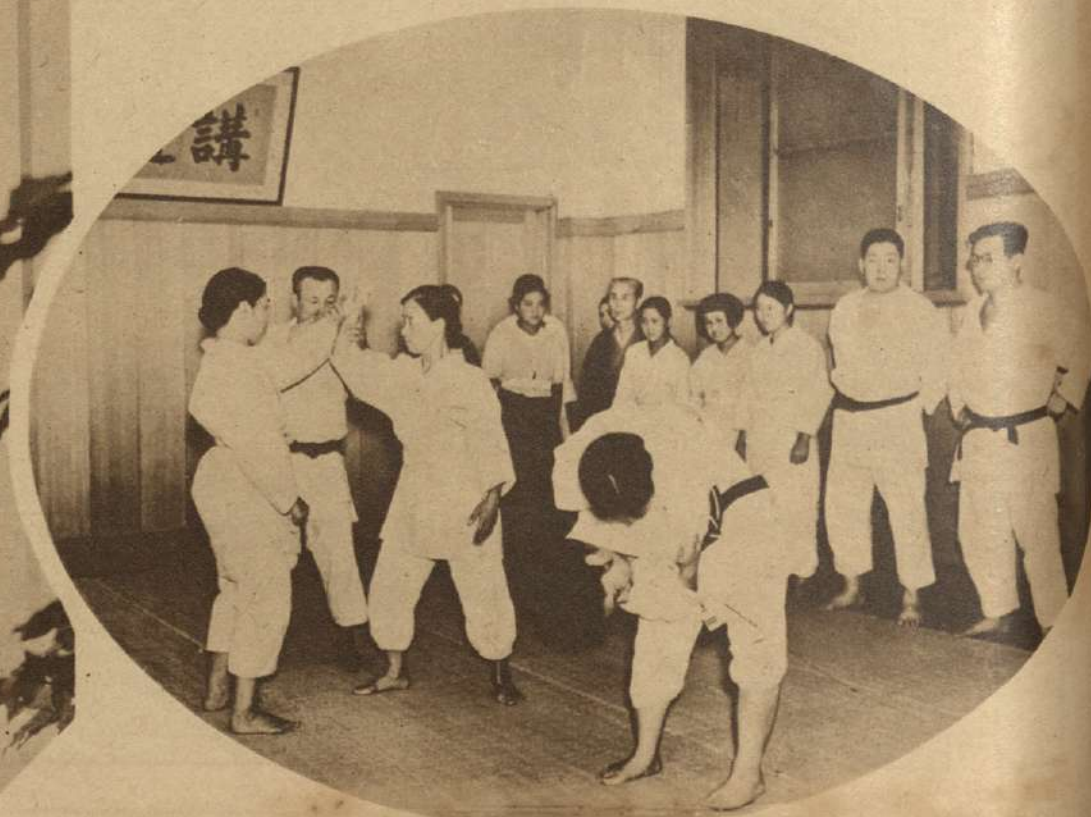
LOTUS LONG, quien aparece con el famoso actor esquimal Mala en próxima película de la Metro-Goldwyn-Mayer, exhibiendo un interesante traje de las islas del Sur del Pacífico.



EL PALACIO DE MALACANANG, en Manila, habitado por el Gobernador General de las Filipinas, quien lo ha dejado para habitación del nuevo Presidente Manuel Quezón.



BUEN JINETE EN EXTRAÑA MONTURA: Harold Fairburn, de tres años, que vive en Lambourne End, Inglaterra, ha encontrado una montura ideal, la cual parece también contenta.



LAS JAPONESAS ESTUDIAN el varonil arte del jiu-jitsu, para la defensa personal, en las clases que con ese objeto se han abierto en Tokio, en el Instituto Kodokan Judo.

SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA— INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción

CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.

CIRCULA LOS SABADOS

PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO V

GUAYAQUIL (ECUADOR), 30 DE NOVIEMBRE DE 1935

Nº 235



SRA. CARMEN NOEMI DE ZUÑIGA

Arrebatada por Cupido al sentimiento de su pueblo, que iba a proclamarla Reina de la Belleza, esta distinguida y gentil dama de la sociedad chilena ha unido su feliz destino al del caballero ecuatoriano, Don Gerardo Zuñiga, Cónsul de nuestra patria en Antofagasta, formando un hogar que ilumina el sol del amor y aroman las rosas de las más dulces ilusiones.

ULTIMAS PALPITACIONES DE LA CIENCIA

LIMITACIONES DE LA CIRUGIA

Para mucha gente la cirugía significa un progreso más avanzado que la medicina, y una actividad más moderna; pero a nada que se medite, esto resulta un poco inverosímil. Es más probable que el hombre primitivo observase la evolución espontánea de las heridas y de las fracturas, antes que los efectos curativos de las plantas y de los conjujos. Y es más lógico pensar que a la mentalidad de los primeros hombres ocurriera extirpar una espina, mucho antes que idear un purgante.

Hace muchos miles de años que en el Extremo Oriente se practicaba el "chatchin" para el tratamiento de todas las enfermedades, y esto no es otra cosa que la primitiva acupuntura o introducción de agujas en diversas regiones del cuerpo. En la cultura heliolítica egipcia, aparecen diversas prácticas de carácter eminentemente quirúrgico, tales como la práctica del embalsamamiento, la de agujerear las orejas, la del tatuaje, la del masaje y la de la circuncisión. Y en los papiros de Londres, así como en unas pinturas existentes en una tumba próxima a Menfis, pueden verse los documentos de operaciones quirúrgicas realizadas 2.500 años antes de Cristo. En Babilonia, como dice Montaigne, "todo el pueblo era el médico"; pero ya había cirujanos que cobraban honorarios fijos. Por el tratamiento de una herida o por abrir un absceso cubía con una lanceta de cobre, había que pagar diez siclos de plata, si el enfermo era un noble, y dos, si el enfermo era un criado. Se operaba la catarata, y el médico tenía que sufrir la amputación de sus manos si en la intervención hecha a un "noble" quedaba éste ciego. Y estaba obligado a devolver los honorarios si el paciente era un esclavo. En la Biblia y, principalmente, en el libro de Samuel y en el Levítico, podemos adquirir una interesante cantidad de datos referentes a la cirugía antigua. La historia del hombre empieza cuando Dios le extirpa una costilla para crear a la mujer.

Pero sucedió que aquellas culturas no transmitían íntegro su contenido a las subyugantes, debido al carácter estéril de la ciencia y al aislamiento de los pueblos. Todo lo más, algunos indios nómadas venían a germinar en lejanas tierras para influir en la estructura de las civilizaciones. Bastó un incendio en la biblioteca de Alejandría para sepultar en la nada toda una cultura milenaria, y aún nos queda, sin duda alguna, mucho que hacer para recuperar todos sus elementos.

Por otra parte, el carácter comercial y guerrero de las civilizaciones mediterráneas, ahogó el sentido contemplativo de las culturas orientales. Para los griegos, el mejoramiento del género humano debía ser el resultado de una selección colectiva derivada de un criterio estético. Y así concibieron una eutanasia encaminada a mejorar su raza matando a los niños defectuosos. Con esto condicionaban la práctica del infanticidio, que ha sido el sistema universal de reducir la excesiva población en todas las razas, a una finalidad eugénica.

Hasta hace muy poco tiempo, los cirujanos eran los barberos. Se pretendía curar todas las enfermedades por procedimientos médicos, hasta que, gracias principalmente al progreso de la asepsia, la cirugía ha vuelto a su an-



Una marcada evolución ha tenido la ciencia quirúrgica en el transcurrir del tiempo. La variación de sistemas y de técnica, en busca siempre de mayor perfeccionamiento, ha colocado a la cirugía, en un alto nivel de adelanto. Empero siendo inasectables los filones de la ciencia, es indudable que mayores progresos esperan a la cirugía en todos sus aspectos. No es de hacer mención de las intervenciones de la alta cirugía, en que el hombre de ciencia actúa sobre importantes órganos del cuerpo humano; esas intervenciones son de todos conocidos; merece mención aparte la marcha progresista de la cirugía plástica, que realiza verdaderos milagros en las imperfecciones faciales, ya sean estas causadas por accidentes o de origen natural. Hoy ya no debe ser motivo de mayor preocupación el tener una horrible cicatriz, unos labios deformes o una nariz imperfecta; todas estas cosas son corregidas por la cirugía plástica. Y, hasta las tan temidas arrugas, provenientes del transcurrir de los años o de las inquietudes del vivir, son hoy fácilmente corregidas. Pues sobre ellas actúa el especialista en cirugía plástica, con éxito milareces de veces demostrado. La foto que encabeza estas líneas, presenta a una persona de nariz defectuosa antes de que intervenga el cirujano y después de que haya actuado. El lector juzgará sobre el cambio operado.

tiguu esplendor. La cirugía pretende "podar" los órganos que la medicina no ha logrado volver a la salud. Pero el hecho de la poda no había de tardar mucho en sugerir el del injerto y la sustitución, y así renació la cirugía ortopédica y reparadora. Se ha llegado a sustituir huesos por metales, dientes por porcelana, miembros amputados por miembros artificiales, ojos vivos por ojos de cristal, oídos deficientes por micrófonos, y así se tiende a suplir glándulas estropeadas con otras ajenas. Y, de una parte la ciencia, y de otra el afán de sobrevivir, tienden a la utópica empresa de sustituir órganos importantes por otros sanos de individuos más o menos semejantes, o incluso por aparatos adecuados. Claro que el hecho de que hoy podamos suponer utópico el trasplante de un pulmón, o la creación de un aparato que haga sus veces, no quiere decir que no llegue a suceder algún día. Ya se ha conseguido injertar a un perro dos patas de un conejo, y el chuchito salió corriendo; y se ha trasplantado un corazón de rana a otra rana; pero no debemos limitarnos a discutir la posibilidad, sino la conveniencia o no conveniencia de un aspecto posible en el futuro.

Se comprende perfectamente que, ante el desesperado caso de un hombre joven y fuerte con ambos riñones tuberculosos, la ciencia dirija su mirada escrutadora en la busca de un riñón, na-

magó y nosotros nos acercamos a la cajita, con el microscopio. Y — ¡milagro sobre milagro! — allí dentro distinguimos claramente los miles de tapices, cada uno pulcramente doblado y arrollado, cada uno ostentando todos sus miles de colores con sus miles de hilos e hilillos, centenares de miles de dibujos, cada uno en toda su belleza original, ninguno chafado, ninguno apretado al otro... Pues una cosa por el estilo es el riñón: un almacén inmenso de grandes tapices, todos ellos colocados en una cajita de bombones del tamaño de un puño. Los sentidos del hombre son demasiado ordinarios para concebir semejante milagro; nuestra fantasía es demasiado pobre, demasiado rústica para comprender tamaño maravilla. Y la función renal es una cosa tan maravillosamente perfecta, que para extraer de la sangre la orina en una forma sólo parecida, sería preciso un laboratorio como una ciudad regular. El riñón la realiza gracias a su infinita complejidad, imprescindible, pues solamente la suma de las longitudes de sus conductillos uríferos alcanza unos catorce kilómetros; pero como ya he dicho arriba, vamos a imaginar que el hombre ha logrado idear aparatos delcadísimos y capaces de sustituir a algunos órganos, v.g. al corazón, que, pese a su gran importancia, es seguramente el menos complejo. La vida de un hombre con el corazón nostizo sería lo suficientemente sensacional como para tentar la imaginación de los novelistas, a los que brinda la idea y hasta mi modesta colaboración técnica. Habría corazones de diferentes marcas y calidades; corazones de rico y de pobre; con más o menos válvulas y caballos de fuerza; más o menos multiplicados y más o menos silenciosos o trepidantes. Existirían talleres de reparaciones y almacenes de piezas sueltas. Se inventarían de continuo nuevos modelos y se perfeccionarían los modelos patentados. Las últimas planas de los diarios ofrecerían, junto a los más vistosos diseños, las enormes ventajas de tal sistema de válvula o de fijación. Un "corazón de oro" podía llegar a ser un buen regalo de boda y habría corazones de níquel para la propaganda de la casa. Estas gentes de corazón duro e insensible tendría que cuidar mucho de su engrase y entretenimiento, como de una parte muy importante de su higiene personal. Tendría que cuidar de que su corazón no se recalentase en los grandes esfuerzos, y no tendría otro remedio, so pena del ridículo, que suprimir de su conversación y de sus gestos todo lo que suele aludir a la misión sentimental de la viscera cardíaca. Sería grotesco que un hombre en estas condiciones aludiese a sus afectos "de todo corazón", y, en cambio, no tendría más remedio que asegurarlo contra los riesgos de robo e incendio. Una vez que se llegasen a construir corazones perfeccionadísimos, mucha gente delicada se haría cambiar, unos por "snobismo" y otros por necesidad, su corazón carnal por un corazón de aluminio de "última moda", y hasta el mismo Estado se preocuparía de adquirir corazones sólidos para los altos funcionarios. Se crearía un impuesto especial y una matrícula provincial para corazones mecánicos. Y el corazón sería lo último que dejase de funcionar mientras tuviese "cuerda". Ya no podría decirse "su corazón dejó de latir", sino algo así como "una vez certificada la defunción, su infortunada hija cerró sus ojos y la llave de contacto de aquel gran corazón marca Omega".

Manuel GABARAIN.

PERROQUET EL LEPROSO

por J. F. Lonis Merlet



Volvíamos del bosque. Habíamos dejado el Alto Maroni, y recién debíamos detenernos en San Luis, más allá de San Juan, depósito de la relegación "el más grande depósito de mendicidad de todo el mundo", como le llamó cierta vez un explorador inglés, escandalizado por el presidio francés.

Marchábamos con dificultad sobre la arena y las piedras de un camino "empedrado con cabezas de condenados" porque la obra había sido mortal para los condenados a trabajar en ella. Nuestra pequeña caravana se componía de dos prospectores, un intérprete holandés y dos relegados obligados a residir en la Guayana una vez terminado sus condenas, y ya a mitad embrutecidos por el alcohol y el paludismo.

El sol estaba aun alto cuando llegamos a San Luis, donde el alcalde, jefe de un pabellón, nos recibió cordialmente. Alrededor de la casa de madera estaban reunidos las celdas de los trasplantados... Construídas sobre tirantes que las levantan del suelo donde en la noche se arrastran las serpientes venenosas, entran en ella y se les corren los candados a los prisioneros a las seis de la tarde...

Cerca de mí, uno de los dos compañeros de viaje, que me había parecido dócil y atento, puso en cuclillas y miró los velos violetas de la noche envolver el horizonte. Le ofrecí un cigarrillo.

Sacó su ancho sombrero de paja, me agradeció y volvió hacia mí su cabeza afeitada. Sus ojos apagados brillaron un momento. Murmuró, suplicante:

—¿No tiene un poco de caña? —Está prohibido.

—¡Oh!, nadie lo sabrá. Y a usted todo le está permitido. Tengo necesidad de reanimarme...

Su voz era tan ronca y desesperada que tomé un vaso dejado sobre una mesa debajo del alero del rancho y le di el ofrecido lleno de alcohol al pobre diablo. Lo saboreó, al comienzo en pequeños bueches. Luego de un solo sorbo apuró todo el contenido diciendo:

—¡Ah, muchas gracias!... ¡Ya no podía más!

Una a una las luces del otro lado del Maroni se encendían... Eran las luces de Albina-la-Blanca, ya en la Guayana holandesa.

—Allí está la libertad! —exclamó el penado.

Cerca de nosotros, en medio del río, sobre una isla estrecha, algunas luces se encendieron...

—El islote de la Cuarentena. ¿Usted no tiene miedo al mal? —¿Qué mal? —La lepra. El islote de la Cuarentena es la isla de los leproso. He sido enfermero durante dos visitas sanitarias. ¡Es algo horrible! Veinte años de presidio me han degradado al punto que la muerte sería para mí una salvación.

Miré al condenado. Sacudí su cabeza inclinada y, tal vez bajo la influencia del alcohol o ya por necesidad de confianza, declaró en un solo párrafo, muy rápido y en voz baja:

—Soy un antiguo cura. He muerto. Y no me he corregido. "El gran colegio" me perdió para siempre... Sólo que... He dicho demasiado...

Hubo un silencio molesto. Luego "Casaca"—era el sobrenombre del penado—continuó:

—¿Entonces usted ignoraba que la lepra andaba por todas partes? Allí, en la isla de la Cuarentena, viven los leproso, relegados y liberados del transporte, separados del resto del mundo, y aun de los otros cautivos, alojados en pequeñas casuchas, regulares y uniformes, que se aperchiben nitidamente desde la costa. ¡Qué justicia atroz la que se desprende de las cosas!... ¡Qué castigo implacable el de la Naturaleza!... Estos parias entre los parias, a raíz de su desordenada existencia, por predisposición atávica, han contraído, bajo el sol tórrido del calor devorante, afecciones crónicas, purulentas y contagiosas, que obligan a llevarlos a la isla maldita. Los médicos dan sus razones. A la verdad, los desgraciados son todos leproso... ¡La lepra!

El hombre temblaba al nombrar el terrible flagelo. Y dijo aún:

—Con la avariosis y la peste, la lepra, que fué el terror de los tiempos pasados, renace bajo el clima ardiente del equinoccio cuando el empobrecimiento sanguíneo, la predisposición linfática, inherentes a la vida penitenciaria, han debilitado totalmente a los sujetos amenazados con otras enfermedades. Se sabe ahora que los mosquitos transmiten la lepra. ¡Se vive aquí en una atmósfera de muerte!...

—¿Ha visto leproso?

—Sí. Pero sólo casos especiales de lepra seca apenas deformados. —Voy a visitar el lazareto de leproso de Acarnani, cerca de Mana, y el de Paramaribo.

—¡No vaya!... ¡El espectáculo es horrible!

—Quiero conocer los establecimientos.

—¡Ah... no los olvidará nunca! El hombre asiste vivo a la descomposición de su cuerpo... La lepra desorganiza poco a poco las células de la dermis y macula la piel de placas blancas. Los sujetos atacados pierden sus ojos, no tienen figura humana, y son amputados sucesivamente de sus dedos y sus manos... Lo peor es que no se muere nunca de lepra... Es otra enfermedad, casi siempre la tuberculosis, la que arrastra con los mártires... Y así acaban miserablemente esos destinos de miseria, de vicio y de cautividad. ¡Finis coronat opus!

El antiguo prelado hablaba con facilidad; encontraba, en su voz

ensombrecida algunos acentos, que, lo confieso, me impresionaban...

Le di de nuevo un vaso de caña.

—Pues bien! —volvió a decir con energía.—Yo he conocido a un hombre que voluntariamente, para huir del presidio, contrajo la lepra... Ha muerto hace dos años, pero recién llegó a la isla de la Cuarentena después de ocho años de trabajos forzados.

Era un pedulario, uno de esos apaches sobresalientes que en la penitenciaría continúan siendo capitanes de pandilla. Rebelde, imposible, puesto en cédula después de riñas sangrientas, en el calabozo durante tres meses a raíz de injurias contra los jefes y condenado durante su pena a más de veinte años de trabajos suplementarios. "Perroquet" su "chaffre" (su sobrenombre) juró que el Gran Colegio no se lo iba a tragar. Sus tentativas de evasión habían fracasado. Volvía muerto de hambre para reanudarlas. Una mañana se querelló con un celador que lo amenazó con su revólver. Perroquet vió rojo y se llevó por delante al guardián que escupió sangre durante tres meses. El compañero heredó seis años de trabajos forzados, fue llevado al campo de los incorregibles donde se muere fácilmente, pero la muerte no lo quiso. Un día de fagina, lo condujeron a la isla de la Cuarentena. Cuando la piragua tocó la costa, Perroquet saltó a tierra, lo que estaba prohibido por miedo al contagio, y echó a correr a través de la isla, derribando a los enfermos y a los más válidos. Uno de ellos intentó detenerlo, pero fué rápidamente vencido. Los dos hombres lucharon como perros en un círculo de leproso repugnantes, que sonreían de un espectáculo tan inesperado. Usted puede imaginarse la escena.

Dos celadores consiguieron al fin dominar a Perroquet, que tenía la nariz casi desprendida de los mordiscos de su adversario; quedando tendido moribundo sobre el suelo.

Llevado a San Lorenzo del Maroni, cayó enfermo. Algunos meses después las manchas significativas coloreaban su espalda. Sus ojos se hincharon. Al médico, que no osaba anunciarle la enfermedad, Perroquet respondió: "Tengo el mal. Ya lo sé. Pero lo he hecho expresamente. Hubiera querido ocultar mi llaga y contaminar a todo el presidio. ¡Qué suerte para usted!" Era un demonio. No se puede inventar una historia semejante. Durante muchos meses todos los forzados tuvieron miedo de no haber contraído el mal. Luego olvidaron. Perroquet fue transportado a la isla de la Cuarentena. Al dejar el hospital gritaba:

—¡Ya se lo dije... que ustedes no me harían reventar, montón de burros!

Supe por los hombres de confianza y por el carnicero que llevaban de comer a los desgraciados, que todo había concluido, que Perroquet, siempre insostenible, mostraba con vanidad su decadencia. Estaba horroroso. Tenía el tipo de lepra que se llama "Cabeza de león". Los tejidos del rostro no lo quiso. Un día de fagina, lo condujeron a la isla de la Cuarentena. Cuando la piragua tocó la costa, Perroquet saltó a tierra, lo que estaba prohibido por miedo al contagio, y echó a correr a través de la isla, derribando a los enfermos y a los más válidos. Uno de ellos intentó detenerlo, pero fué rápidamente vencido. Los dos hombres lucharon como perros en un círculo de leproso repugnantes, que sonreían de un espectáculo tan inesperado. Usted puede imaginarse la escena.

Perroquet cayó en la agonía y su fin fue increíble. Había sido preciso encerrarlo en un calabozo. Sus camaradas de suplicio le echaban la comida como a un perro. Devorado por la lepra, Perroquet ladró a la muerte durante tres días. Una mañana se le encontró la cara entre la arena, asfixiado.

Casaca calló... En la noche espléndida, frente a nosotros, Albina iba a dormirse. Sobre la isla de la Cuarentena las luces parecían mariposas de velador... Casaca, débilmente, murmuró:

—¡Oh, qué destino!... Allí enfrente los leproso, el infierno. Aquí la vergüenza, la miseria, el ovido... Allí el cielo admirable... Un disparo de arma de fuego se oyó.

—No se preocupe... dan caza a un hombre que se evade, sin duda... —agregó con tranquilidad.

J. F. LONIS MERLET.

HOJA DE ALBUM

Para Luz Marina González; diva guayaquileña.

Canta la Vida si tu vida canta; los ensueños florecen más azules; que en la jaula sutil de tu garganta hay un millón de mirros y bulbules! Y, aunque cuentan que Ulises vencer puño la falacia del canto enteneceado de las sirenas, de escucharte dudo que no hubiera a tu acento succumbido!... Yo, en alas de tu cántico sedefo, los radiosos países del Ensueño en fragante embriaguez he visitado... Porque todo a tu dulce vez se encanta, todo el trino del mundo en tu garganta! oh, celeste mujer que has apresado Pedro Enrique RIBADENEIRA.

EL TALLER MISTERIOSO

Por Emilio SEDEIN

Aquel año decidí cortar por lo sano—me dijo el pintor Niviera;—había que terminar definitivamente con los lugares ya consagrados por los artistas para sus excursiones veraniegas y escoger otros más apropiados, donde el disfrute de la naturaleza fuera pleno y las preocupaciones sociales quedaran reducidas a la más mínima expresión.

El verano se anunciaba propicio; desde los primeros días de junio no se podía respirar en la avenida del Maine. Era preciso partir. Y como se me había presentado la oportunidad de vender dos telas al Salón, resolví a hacer las cosas como era debido y no andarme escatimando el dinero. Eugenia conocía en Pierry-sur-Varne una bicoca estúpida, que se podía obtener, hasta noviembre, por quinientos francos. Siendo necesario advertir que más de una vez, en sus confidencias, habíame hablado de los días de su infancia transcurridos, justamente, en dicho lugar. Yo, no está demás decirlo, no soy muy amigo de las remembranzas, de manera que, en el primer momento, dudé un tanto y hasta casi vacilé en aceptar la proposición. Mas, al fin, cedi como hay que ceder siempre que en algo intervienen las mujeres. Eugenia escribió ella misma al propietario, y una mañana nos embarcamos en la estación del Este con las bicicletas, las cajas de colores y los caballetes. Antes del medio día llegamos a Pierre-sur-Varne.

Eugenia no había exagerado lo más mínimo. Jamás me imaginé que encontraría un lugar más adecuado para el veraneo. Casi en los suburbios del pueblo, una especie de torreón cuadrado, con los muros grises invadidos por las yedras y los rosales trepadores coronado por un tejado oscuro. En la planta baja dos habitaciones jarradas: la cocina y el comedor. En los altos, dos habitaciones más, harto convenientes, de suerte que podía albergar a uno o dos huéspedes si llegaba la ocasión. Y, lo mejor, el jardín con numerosos árboles que ocultaban, en el fondo... ¿A que no adivináis qué?... Pues un taller, todo un taller de pintor, con su buen diván, sus paletas, caballetes de cremallera y, en fin, cuanto es necesario al artista más exigente. ¡Imagínos si no estaría contento!

Además el pueblo era agradable, la casa excelente, los vecinos aceptables y los alrededores pintorescos y variados. Justo frente a nuestra casa el río describía una curva pronunciada entre ambas riberas cubiertas por los juncos y un macizo de vegetación realmente fantástico y agresivo. Desde nuestras ventanas la vista podía pasear por todo el contorno sobre el pequeño bosque y el riacho. A cada paso surgía un motivo artístico: aquí una calleja en pendiente precipitándose sobre la ribera, con sus casitas de paredes musgosas y los jardines floridos; más alejada, la iglesia del lugar con su campanario diminuto. Y luego una que otra construcción abandonada, una fuente encantadora y mil accidentes del terreno que ahora no viene al caso mencionar. Un verdadero lugar propicio a los pintores, y, para acendrar más aún mi alegría, ni un solo pintor en el horizonte. Podía, pues, librarme a la ventura, detenerme no importaba dónde y trabajar cuanto quisiera. Estaba solo.

Lo que sí, el taller del fondo de mi casa no dejaba de intrigarme. En general, cuando veáis un taller, podéis tener la certidumbre de que el pintor no anda muy lejos. Interrogué a Eugenia, pero ella nada sabía. Probablemente el taller había sido instalado unos años atrás, para uso de un colega que luego váyase a saber



dónde había ido a parar... Los propietarios, sin duda, para hacer más atrayente la casa y sacar mayor beneficio de ella, la habrían dejado tal cual estaba... Eso, al menos, me pareció que era todo.

No recuerdo bien si he dicho que en los muros del taller quedaban cuatro o cinco telas, esbozos y otros trabajos de mi antecesor. Un día de lluvia yo me entretuve contemplando todo aquello, terminado lo cual, con excepción de un pequeño estudio harlo acertado que dejé sobre el diván, lo deposité en un rincón del taller. Por lo general no me agrada tener ningún cuadro o estudio ajeno cuando trabajo, pese a que aquello, en verdad, poca influencia sobre mí podía ejercer. El cuadro no se avenía con mi estilo. Sólo el tema—un rincón del riacho con un viejo portal derruido—denotaba un acertado golpe de vista para escogerlo y gran vigor en la ejecución, y, lo confieso, no vacilé en pensar que, si cuadraba la ocasión, lo repetiría en otro trabajo mío.

Se me dirá que hasta ahora esta historia carece de todo interés; pero es necesario que haga la descripción del decorado y de la escena. En tanto puedo asegurároslo, el relato no dejará de interesaros y despejar el sueño si es que, en realidad, deseos de ello tenéis...

Estábamos instalados en Pierry desde hacía seis semanas y hallábase yo en pleno disfrute de mi felicidad cuando los Rouvel, huyendo del barrio Rochechouard con motivo de las fiestas del 14 de Julio, decidieron venirse a pasar cuatro días en nuestra compañía. Naturalmente fueron cuatro días alegremente transcurri-

dos, aunque en el curso de los cuales maldito lo que yo trabajé. Rouvel es un topo que no teme a nadie cuando empuña la espumadera y traga con los utensilios de cocina; y, una vez que abandona las Cámaras, el senado y el periódico donde perjeña sus crónicas parlamentarias, su mayor dicha en el mundo consiste en meterse a la cocina y hacer de las suyas. Desde el primer día se empeñó en demostrarnos su talento culinario, y, así, de la mañana a la noche no hizo otra cosa que ensayar e inventar todo género de recetas más o menos explosivas y alimenticias, aprovechando las hortalizas del lugar y las que en la huerta de la casita abundaban por fortuna. Mis amigos deliraban.

Igualmente después de cenar, como las noches eran tan hermosas, decidimos salir por allí para tomar aire, y, como es natural, este paseo higiénico terminó en el café del lugar. Allí mi estimado Rouvel, al cabo de trasegar cinco o seis medios litros de cerveza, emitió la peligrosa pretensión de improvisar algunos "cocktails" con los licores que atiborraban los anaqueles del negocio. Esto se prolongó hasta las once, y no las tuve todas conmigo sino cuando abrí la puerta de mi casa. En todo el camino no había yo cesado de repetirme que eso de estar perdiendo el tiempo en semejantes necesidades me iba a resultar perjudicial. Lo que yo debía hacer era despedir a aquella gente en cuanto amaneciera...

Para calmar mis remordimientos, mientras los otros subían resolví dar unas vueltas por mi jardínillo y entrar en el taller. Sin decir nada a nadie así lo hice. La claridad de la luna era tal que

parecía de día. Avancé pausadamente hacia el taller, sin pensar mucho en lo que me proponía, debido, sin duda, a los famosos "cocktails". En el instante de abrir la puerta eché una mirada a través de los cristales, y fué tal la impresión causada en mi ánimo por lo que vi que, no pude menos, solté el pestillo de la puerta y, anonadado, retrocedí varios metros. Al mismo tiempo escuché la voz angustiada de Eugenia, una voz que jamás le escuchara yo, quien me llamaba, censurándome el haber abandonado a los huéspedes y estar en el jardín tomando frío con gran peligro para mi salud.

Durante un buen tiempo permaneci agazapado, sin tener fuerzas siquiera para hacer el menor movimiento. ¡No era nada lo que mis azorados ojos descubrieron en aquel trance! A través de los cristales de la ventana del taller, lleno de estupor, había yo colunbrado, sentado en una silla, ante el caballete, a la silueta de un anciano de barba apostófica, que dormía o que cavilaba—no estoy muy seguro de ello—con la frente apoyada sobre un cuadro. En el preciso instante en que mi esposa comenzó a gritar, el hombre disparó hacia el fondo del taller como por arte de encantamiento. No pude ver nada más. Nubláronse mis ojos, algo irreflexivo atemorizó mi espíritu, y, presto, tembloroso aún, acudí hacia las habitaciones donde Eugenia me aguardaba.

No debía traer yo muy buen semblante, aunque, igualmente, debo reconocer que el rostro de ella no estaba menos demudado que el mío. Yo no las tenía todas conmigo y, para ahuyentar el recuerdo, decidí a los Rouvel a apurar lo que quedaba de la botella de "cherry-brandy". Como se hallaban ya acostados, permanecimos en el dormitorio hasta las dos de la madrugada. Luego, un si es no es aturrido por el alcohol y la cháchara de mis amigos, me acosté sin pensar más en la extraña visión del taller, y al día siguiente, despertando me malhumorado y con la boca pastosa, comencé por enviar a todos los diablitos a los amigos de la ciudad y sus hábitos disolutos, a la vez que reflexionaba "in petto" sobre los peligros del alcoholismo y otras moralidades no menos edificantes.

Aquello no fue óbice para que el día transcurriera, ni más ni menos, tal cual el anterior, y que a él le sigueran otras jornadas casi semejantes si no peores... En todo aquel tiempo no pisé el taller.

A los cinco días, una noche, de vuelta de la estación donde dejara a los Rouvel ubicados en su tren de regreso, hice como que iba a atravesar el jardín; pero, Eugenia, cual si barruntara mi intento, me retuvo cogiéndome por un brazo, diciéndome que no demostraba hallarme muy bien de salud y que, mejor que andar dando vueltas por ahí, me estaría acostarme cuanto antes.

Debo confesar que no hice mucho para no dejarme convencer por las atinadas indicaciones. La visión de la noche anterior bien podía obedecer a un muy explicable estado de exaltación mental; y, aun en el caso de que algo existiera en realidad, a la verdad aquella noche no me consideraba predispuesto a afrontar un encuentro con un huésped inesperado.

Al fin amaneció un nuevo día y, como para poner más de manifiesto los anteriores tan lastimosamente desperdiciados, desde muy temprano comenzó a llover a cántaros. Así estuvo todo el día y yo no abandoné el taller un solo instante. Al principio vacilé en ir a él; mas, como para disipar

Sigue en la página 22.

La Muerte del Niño

Especial para SEMANA GRAFICA.

Por Alberto Larrea Ch.



El niño se muere:
la madre no quiere
dejar la cunita de suaves armiños;
el niño, es un niño de nácar o cera
que amarilló el fuego de fiebre maligna.
¡Muerte de los niños,
cómo profundizas el eterno enigma
que explicar no sabe, ni el caer de las rosas,
ni la fuga de seres y cosas
en las alboradas!...
Mueren los mancebos,
mueren las amadas,
robando a la vida su dulce tributo,
que es prole de amores,
y mueren las flores
matando en su germen el fruto...

El niño se muere:
la madre no quiere
dejar la cunita de suaves armiños;
¡Oh desesperante muerte de los niños!
¡Angustia asombrada, calma dolorida,
reflejada en los ojos abiertos
de la madre que mira esa vida,
que latió en sus entrañas, tan pronto extinguida,
tan pronto en la sombra perdida,
en la sombra en que vagan los muertos!

el niño, es un niño de nácar o cera
sus ojos nublados ya no miran nada;
muere en la alborada,
dulcemente muere;
la madre no quiere
dar término al llanto;
pero aún modula el último canto
con su voz enferma,
para que el pequeño
dulcemente duerma
el último sueño.

Y cuando la Aurora despliega sus galas
que ahuyentan al tenue claror de la luna,
un leve suspiro, cual rumor de alas,
estremece la cuna,
ha llegado la Muerte
y ha muerto el pequeño:
el último sueño
se una a la primera visión de la vida,
y el niño,
encuentra la tumba en su cuna de armiño...

Alberto LARREA CH.

DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

ULTIMOS MODELOS

LA ULTIMA MODA EN HOLLYWOOD

NUEVA YORK. — ¿Quién tendría miedo de volver la espalda, si la misma tuviera todo el interés de un traje creado por Alix? En realidad no puede decirse que sea una cosa ordinaria—y es uno de los habilidosos modos de usar el plegado de esta temporada. El paño de lana plegado es tan chic, sino más, que la seda plegada, y eso es mucho decir. Un modelo particularmente elegante, de matelasse de lana, tiene una larga hilera de botones a la espalda, tratamiento que aún encuentra adeptos, y no pocos.

Uno de los detalles más interesantes del traje de soiré es el escote en forma de V con lados elevados. Esto quiere decir que la V cae desde los tirantes, y no desde la costura al hombro. Esta idea de los tirantes parece estar atrayendo todo el interés que merece, pues muchos trajes tienen el corpiño en forma de camisola, lo cual siempre trae consigo esas cucas tirillas, especialmente las hechas con piedrería de distintas clases.

Por primera vez en siglos los colores están luchando tesoneramente contra el negro—y parece probable un empate, cuando menos, si no una victoria. La costumbre de usar negro es una de las más antiguas importadas de París. Pero las muestras de color en estos días exhiben tantas cosas que hacen favor a la figura, al mismo tiempo que son prácticas y de elegante aspecto, que la mujer está tomando como cosa de todos los días los colores como los de la gama du bonnet—unos rojos muy oscuros, casi púrpúreos—y tonos destacados de verde y achocolatado. Incuestionablemente nuestro actual privilegio de usar algo blanco al cuello de un tono atractivo, ha tenido mucho que ver con dar popularidad a ciertos colores que son difíciles de reconciliar con el propio colorido.

Cuando vea prendas con efecto de blusa—y ha de ver muchas—podrá escoger entre el estilo de cintura baja y el que prefiere seguir la influencia griega. Esta es la última palabra en jubones. Aunque la mayor parte de la gente está convencida de que las mujeres griegas lo que usaban eran túnicas de muchos pliegues, si hace memoria y recuerda las ilustraciones de viejas diosas los libros de historia, verá que casi todas daban preferencia a un efecto de blusa.

Los modistos de París tienen una creencia de que dos o tres colores son más chic que uno, para trajes de tarde con un efecto deportista. A veces se obtiene resultados algo divertidos, como por ejemplo en el chic suit de paño negro, creado por Marcel Rochas, en el cual botones rojos entran en ojales verdes. Molyneux es otro que gusta de la idea de tres colores, introducida en un traje con chaquetilla de paño áspero verde con blusa color crema y falda color rojo y azul real en la línea del cuello y en la bocamanga.

La capa de agua de gabardina le ha tomado el apunte al paño de pelo de camello y ha entrado de lleno en la gama de colores, sin duda creyendo que la chica universitaria la entrará aceptable. Aun que esto no quiere decir que el color vaya a hacer relegar al olvido el tono beige natural, entre los cuales tenemos uno muy pálido de excelente efecto. Un verde muy vivo, y un rojo igualmente vivo, son los tonos que más se han destacado en esta clase de gabardina para capas de agua.



Presentamos aquí algunos modelos creados especialmente para la actriz Claudette Colbert por los modistos de Hollywood. De izquierda a derecha: (1) traje sastré de lana gris y líneas rectas, con blusa rosa oscuro y sombrero de fieltro de este mismo color; (2) peinador de terciopelo transparente color violeta forrado en satén del mismo tono; (3) vestido para la hora del té de crepón color beige con mangas abullonadas y cuello blanco plisado; sombrero de terciopelo beige.

EL ARREGLO DE LA MESA

Hace algún tiempo que las teorías sobre la artística decoración de la mesa, hicieron desaparecer el tradicional mantel que se acostumbraba a usar diariamente. En la actualidad él ha sido reemplazado por los sencillos pisos individuales que dejan al descubierto la fina madera encerada de que está fabricada la mesa. En muchos casos podríamos asegurar que la fantasía del artista moderno ha creado ciertos detalles originales como pisos para adornar una mesa elegante, así podríamos enumerar un círculo de vidrio o madera del tamaño del plato, o dos franjas de tela de lino con bordados que ocupan toda la extensión de la mesa delante de los asientos. La teoría del gusto moderno—representa la simplicidad en todos sus detalles y respecto a la mantelería su aspecto decorativo también ha llegado a simplificarse a su más mínima expresión, usando lo verdaderamente indispensable y eliminando todos esos recargados motivos de la moda pasada que formaban un conjunto lujoso, que requería un presupuesto elevado para llegar a adquirir toda esa serie de rica vajilla y fina mantelería fabricados en materiales costosos y de aspecto recargado el cual resultaba en muchas ocasiones, hasta difícil de transportar por su complicado y pesado conjunto, en cambio hoy día, un servicio completo de mesa, es de fácil traslado por su aspecto simple y ligero.

Una de las grandes exposiciones que ha llamado más la atención últimamente en París, estu-

vo dedicada exclusivamente al arte decorativo en general, especializándose particularmente en lo que se refiere a la vajilla de porcelana, servicio de cristalería, y todos los otros detalles artísticos que contribuyen a la ornamentación de la mesa, según las nuevas ideas del estilo moderno. En disposición del servicio completo de porcelana se observa todavía la vajilla, formando juego aunque los cambios se advierten al correr del servicio en los juegos para ensalada, para postre, etc. Los "bols" para caldo, los platos para sopa, las tazas de té, y las demás fuentes forman la sólida base del juego sobre la cual se edifica el conjunto para el servicio completo de la mesa. Cuando se ven estas mesas por primera vez, que están adornadas con una vajilla que varía en curso de la comida con profusión de colores y de dibujos, se experimenta una sorpresa desconcertante, pero ya han sido muchas las nuevas tendencias que al principio de su iniciación nos han sido difícil acostumbrarnos a su aspecto original y exótico, y que hoy día las hemos adoptado en tal forma, que nos sería imposible prescindir de su rol utilitario y aspecto decorativo. Las flores son el complemento en la disposición de una mesa bien puesta, ellas comunican la nota alegre y de colorido al conjunto en general. Las flores exóticas son las preferidas para el arreglo hecho especialmente por el gusto moderno. Ya sean escogidos entre las naturales o fabricadas en

crystal de colores, lacas con cuentas de diversas tonalidades. Son innumerables los adornos decorativos que se hacen con el cristal para el servicio del comedor, braquetes, vasos y centros de mesa, juegos completos y de cocktail, en tonos mates con sencillos dibujos cubistas o rayados simétricamente. El "lallique" es otro de los cristales que representan un papel importante en la actual decoración, siendo modelado con adornos tallados, o biselados. Sus tonalidades son todas de un aspecto mate, y de preferencia son adoptados por los decoradores, para crear con él las licoreras, vasos y jarras de sencillas líneas, centros de mesa y ceniceros, en fin, toda esa serie de "bíbels" que son modelados especialmente por los artifices contemporáneos para imprimir un carácter de elegante personalidad a toda habitación decorada con buen gusto. Para las demás piezas de la vajilla de un comedor, el "cromo" es el metal escogido para interpretar con él, toda variedad de platos, fuentes y vasos, el cual se presta igualmente para combinatorio con cristal opaco o llano. La plata repujada o cincelada admitiendo líneas armoniosas y simétricas, también es trabajada por los nuevos decoradores en simples y originales modelos, queriendo ellas rivalizar en parte con la antigua vajilla de plata de austeros y sobrios dibujos, sin que aún hayan todavía podido alcanzar todo el valor intrínseco de la vieja y rica platería.



Kathleen Burke nos presenta un atrayente conjunto para la marcha o el deporte. El abrigo es de lana de grandes cuadros rojos y blancos. (Paramount)



Traje de tarde, de seda estampada. El fondo es negro, pero todos los adornos inclusive los guantes, son blancos.



Traje de muselina blanca con puntos azul marino. El sombrero, dice Jean Parker (Metro) da un gracioso toque juvenil.



Merle Oberon recomienda esta combinación para cualquier viaje que deba poner a prueba la fragilidad de los trajes modernos. El material empleado es de lana beige.



He aquí un modelo cuya sencillez es su mayor encanto. Merle Oberón opina que el crepe de China azul, no requiere más adornos que los moños rojos. (United Artists.)



Negligé de chiffon verde jade, lucido por la misma actriz en la película THE DARK ANGEL. (United Artists.)



KOSCIUSKO EN LA BATALLA DE RACŁAWICE (17 de Julio de 1792) por S. Batowski. El soberbio movimiento y el colorido de este episodio reciben una magistral interpretación de parte del pintor Batowski, que cuenta como uno de sus artistas predilectos.



EN LA TIERRA SANTA: Una de las estrechas y tortuosas calles empedradas de antiguo barrio de Jerusalem, donde los edificios no han sufrido cambio en muchos siglos.



CARLITOS ENRIQUE AGUIRRE, niño perteneciente a una distinguida familia salvadoreña. (Foto Eléctrica.)



OLIMPIADAS DEL ECUADOR. Los cuatro atletas que terminaron la prueba del Decathlon: (De izquierda a derecha: José Narváez, Alfredo Garzón, Carlos V. Gómez (campión) y José Benavides.



SIR GUY STANDING, la figura más destacada en el reparto de la película "Adiós a Annapolis", da una clase sobre bebidas a los alumnos de la Academia Naval americana.



BEVERLY BRITTON, una de las bellas artistas que hacen las delicias de los asiduos concurrentes al cabaret "Paradise," de Nueva York, fotografiada por Murray-Korman.



SHIRLEY TEMPLE, no sólo ha demostrado tener una bis cómica incomparable, que la hace interpretar admirablemente sus papeles, sino que también es una consumada danzarina.

HUMORISMO GRAFICO

DE PROPIA Y AJENA COSECHA

FRATERNIDAD



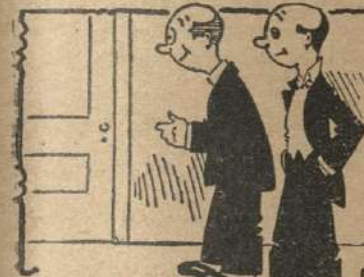
—¡Cuánto me alegro de que hayan suprimido la ley seca en los Estados Unidos!
—¿Y a usted qué le va ni le viene en que se emborrachen allí?
—Pero, ¿usted no cree en la fraternidad universal?

RECOMENDACION



—¿Tiene disposiciones para la banca?
—Admirables; a los cinco años ya robaba los medios del cajón.

INSIGNIFICANCIA



—¿Con que no quieres hacerme el favor que te ruego? Mira que es una bagatela lo que te pido.
—Pues mira tú también que es una bagatela lo que te niego.

EN EL JUZGADO



—De dónde sacó la ganza que dejó abandonada en el lugar del robo?
—Es un recuerdo de familia, señor juez.

CONSEJO



Entre amigos:
—Voy a mandar un cuadro a la exposición, cómo te parece que lo mande, con vidrio o sin él?
—Con un vidrio... esmerilado,



Tragedia en tres actos.
ACTO PRIMERO
En la joyería "Al gran Mogol", de Anacarsis Dublé.
El cliente elegante. — Los de Panóchez me han recomendado la casa... Deseo ver algunos anillos para sello; muéstreme usted lo mejor y mas artístico que tenga.
Dublé (muy obsequioso, al ver que ha caído un cliente "gordo"). — En seguida, señor... (Sacando varios estuches). Aquí tiene usted verdadera obra maestra, piezas únicas, hechas exclusivamente para nuestra casa por el notable orfebre Pinzita.
(El cliente empieza a elegir concienzudamente, y después de largas vacilaciones, se decide al fin por un anillo de oro y platino con zafiros).
El Cliente. — ¿Cuánto?
Dublé (adulón). — ¡Oh!... Se ve que el señor tiene un gusto refinado, exquisito... ¡Ha elegido el mejor!...
El Cliente. — Dígame usted el precio...
Dublé. — Pongamos ochocientas pesetas, para no discutir.
(El cliente saca un billete de mil pesetas, paga y cuenta minuciosamente la vuelta).
Dublé. — ¿Envuelvo el estuche, señor?
El cliente. — No, no... Me lo meteré en el bolsillo. El anillo lo voy a llevar puesto.
(Sale, acompañado hasta la puerta por Dublé, que se deshace en reverencias).

ACTO SEGUNDO
La misma decoración.—Otro señor, menos elegante y acompañado de un agente en correcto uniforme entra en la joyería.
Dublé (creyendo que el guardia trae a un amigo como mentor para que le aconseje respecto a la compra de un regalo a la novia). — ¿Los señores desean...?
El señor. — ¡Es usted Anacarsis Dublé, el dueño de esta joyería?
Dublé. — Sí, señor.
El señor. — Yo pertenezco a la Comisaría de Investigaciones... (Saca una medalla del bolsillo).
Dublé (vagamente inquieto, porque tiene sobre su conciencia algunos negocitos turbios). — ¿Qué desea usted?
El señor. — Ha vendido usted una alhaja a un señor muy elegante, que acaba de salir de aquí...
Dublé. — Sí, señor... Un anillo de sello, de oro, platino y zafiros, que valía ochocientas pesetas.
El señor. — Y le ha pagado con un billete de mil.

Dublé. — Eso es.
El señor. — Pues, amigo mío, ha sido usted víctima de un hábil estafador... Ese billete es falso.
Dublé (consternado). — ¿Falso?...
El señor. — Hace días que andamos detrás de la pista. Ese cliente, que no es otro que el famoso Pepe el Rata, ha tratado ya tres veces de hacer pasar el billete, y gracias a su habilidad no hemos podido darle caza... El número del billete es el 27.324 A. Ya tienen aviso todos los Bancos.
Dublé (sacando el billete). — ¡Efectivamente!... 27.324 A... ¡Ah!... ¡Qué canalla!... ¡Bandido!... ¡Estafar así a un honrado comerciante!... (Mirando al traspas del billete). Pero ¿cómo no me he dado cuenta de que era falso?... Si no hay más que ver la filigrana!
El señor. — Y el papel... ¡Fíjese usted en que es muy áspero...
Dublé (casi llorando). — ¡Vaya una desgracia!... ¡Hoy sí que he ganado el día! ¡Ochocientas pesetas perdidas!
El señor. — No; van dos pesquias persiguiendo a ese sinvergüenza, y seguramente ya habrá caído en la trampa. Usted recobrará la alhaja... Ahora, sí; tiene usted que entregarme el billete y venir conmigo a la Comisaría, a prestar declaración...
Dublé (contrariado). — ¡Cambra! En estos momentos estoy solo en la casa, y cerrar a esta hora, que es la de ventas seguras, puede perjudicarme... Espere usted...
El señor. — ¡Imposible!... Necesito llevar esto en seguida. Está el comisario aguardándome.
Dublé. — Entonces, llévase el billete... Yo estaré allí dentro de dos horas.
(Salen el de investigaciones y el agente. Dublé se queda en la puerta y comenta, en corro de vecinos, la horrible desgracia que acaba de sucederle y la admirable organización de la policía).

ACTO TERCERO
En la Comisaría.
Dublé (presentándose). — Soy Anacarsis Dublé, el dueño de la joyería "Al Gran Mogol"... Ya le habrán a usted dicho el oficial de investigaciones y el agente...
El comisario (brusco). — ¿Qué oficial? ¿Qué agente?
Dublé. — Los que estuvieron en mi casa hace dos horas, por el asunto del billete...
El comisario. — ¿Qué billete?

Dublé. — El de mil, el falso, el número 27.324 A, que quiso pasar tres veces Pepe el Rata, y que me encajó para la compra de un anillo de ochocientas pesetas...
El comisario. — Pero ¿qué historias me está contando?... Aquí no sabemos nada de semejante cosa.
Dublé (acongojado). — ¿Eh?...
El comisario. — Ni se ha mandado a oficial ni a vigilante, ni conocemos a Pepe el Rata...
Dublé. — Entonces... yo... el billete... el de investigaciones... el guardia... (Y, ante la evidencia de su doble desgracia, Dublé cae desmayado).

Raúl VITERBO.

LOS CARACTERES DEL FUTURO



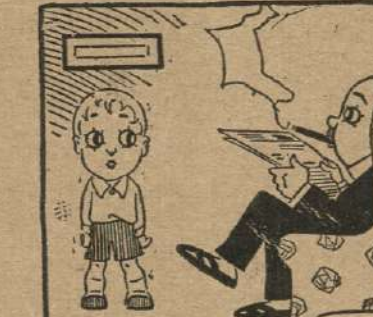
—Cuando todo el mundo tenga un avión, los caracteres se suavizarán.
—¿...?
—Sí. Nos acostumbraremos a pasar por alto, muchas cosas.

EQUIVOCACION



—Ya la vi a usted esta mañana en el agua, con su magnífico rinoceronte de goma.
—¿Qué está usted diciendo? Era mi mamá.

ORTOGRAFIA



El niño. — ¿Cómo se escribe melocotón, papá?
—El papá. — Con hache.
El niño. — ¿Y dónde tiene la hache el melocotón?
—El papá. — En el hueso.

CONVERSANDO



—Sí, barón; a pesar de mis años...
—¿Sus años...! ¿Sus años...! Y tiene usted un aspecto que parece que acaba de salir de una lata de conservas!

Dublé. — El de mil, el falso, el número 27.324 A, que quiso pasar tres veces Pepe el Rata, y que me encajó para la compra de un anillo de ochocientas pesetas...
El comisario. — Pero ¿qué historias me está contando?... Aquí no sabemos nada de semejante cosa.
Dublé (acongojado). — ¿Eh?...
El comisario. — Ni se ha mandado a oficial ni a vigilante, ni conocemos a Pepe el Rata...
Dublé. — Entonces... yo... el billete... el de investigaciones... el guardia... (Y, ante la evidencia de su doble desgracia, Dublé cae desmayado).

Raúl VITERBO.



NOTAS SOCIALES



Toda solemnidad revistió el acto de la entrega de un pergamino, por el Directorio de la Legión Femenina América, en la que preside la seora doña Rosa Borja de Icaza, a la señora doña María Barredo de Castillo, Delegada de la filial chilena ante el directorio Internacional de la Institución, documento de fraternidad que será enviado a la dirigente del país hermano. Presentes en el acto, en calidad de invitados de honor, asistieron las señoras Ana Gallegos de Latorre, representante de la Unión de Mujeres de América (UMA) y doña Emilia Bernal, notable poetisa cubana. Una selecta concurrencia constituida por la mayoría de las legionarias de esta ciudad dió realce y prestancia a la significativa ceremonia. Esta fotografía obtenida especialmente para SEMANA GRAFICA, muestra a la señora Barredo de Castillo en el momento en que agradece a la entidad que representa.

EN GUAYAQUIL

Viene de la vuelta.
 A bordo del yate White Shadow, partieron los Sres. Licenciado don Colón Serrano e Ing. Heliodoro Ayala, Ministros de Previsión Social y Trabajo y de Obras Públicas de la "Nación", respectivamente.
 Celebró su onomástico, la señorita Elba Lucrecia Díaz, por cuyo motivo, fue muy felicitada por sus amistades.
 Cumplió el primer año de vida la niña Mercedes Judith Fabiola Mancero.
 Muy visitada por sus amistades se vio la señorita Otilia Grimmer O., con ocasión de haber celebrado su onomástico.
 Celebró su mejor día, la señora doña Laura Bejarano de Noboa Yacaza, apreciada dama de nuestra sociedad. Con tal grato motivo el selecto grupo de sus amistades concurre a cumplimentarla cariñosamente en su residencia.
 En uno de los mejores salones de esta ciudad, un grupo de amigos le ofreció una exquisita comida al señor Juan Guillermo Martínez, con motivo de haber celebrado una fecha íntima.
 El acto se desarrolló en un agradable ambiente de afecto y sinceridad para el agasajado.
 Fueron cumplimentadas, por haber sido premiadas en la Sociedad Filantrópica del Guayas, las señoritas Becki Rodríguez Carbo y Lelia Bermúdez, alumnas de la Escuela Fiscal de Mecanografía y Taquigrafía. El agasajo fue extensivo a las señoritas Corina López, Jacinta Coello, Olimpia Carrasco y Berta Ripalda, con quienes fue sorteado el premio de la segunda.
 Un año más en su risueña existencia...

... existencia, cumplieron las graciosas niñas María Teresa y María Luisa Arrarte Pérez Concha, quienes con tal fausto motivo fueron muy cumplimentadas por sus infantiles relaciones en la residencia de sus padres, señor don Enrique Arrarte Crosby y señora María Teresa Concha de Arrarte, situada en el barrio del Centenario.
 También festejó el grato aniversario de su nacimiento, la encantadora niña Clemencia To-la Luque, hija de los apreciados esposos, señor don Guillermo To-la Carbo y señora doña Clemencia Luque Darquea de Tola.
 Se llevó a efecto en la capilla del Sagrario, el bautizo de la niñita Esperanza Oíndia San Lucas Santana, siendo sus padrinos el señor Gregorio Ruiz y su esposa señora Lilia de Ruiz.
 A bordo del vapor BOSKOOP, partió a Chile para de allí seguir viaje a Buenos Aires, el inteligente joven amateño señor don Manuel Alberto Rodríguez S., quien va a la ciudad del Plata a ingresar a una de las mejores universidades de dicho lugar.
 Siguió viaje a Quito el destacado pianista señor don Gustavo Bueno, director del Conservatorio de Música, de la ciudad capital.
 La elegante residencia que los esposos Baquerizo Noboa - Sáenz de Tejada y Darquea, poseen en el Boulevard Nueve de Octubre, fue centro de una brillante reunión, con motivo del espléndido té bridge que la señora doña Leonor Sáenz de Tejada y Darquea de Baquerizo Noboa, ofreció a un selecto grupo de sus amistades.
 En un ambiente de distinción y exquisita sociabilidad, las horas transcurrieron fugaces, siendo en todo momento los invitados, finalmente atendidos por la distinguida dama oferente y su culto esposo.

Participaron de esa magnífica fiesta las siguientes personas: señoras: doña Leonor Sáenz de Tejada y Darquea de Baquerizo Noboa, doña Clementina Sáenz de Tejada y Darquea de Klare, doña Clemencia Darquea de Luque Plata, doña Mercedes Darquea de Guzmán, doña María Lola Muri- llo de Arizaga Luque, doña Teres- sa Márquez de Amador, doña Rosa Borja de Icaza, doña Leonor Hidalgo de Cornejo Gómez, doña Clemencia Luque de Tola y doña Ramona Rodríguez de Insua.
 Señoritas: Carmela Orrantía González, Francisca Miller Gutiérrez, María Mercedes Icaza Paro- ja, Emilia Luque Darquea, Leo- nor Cornejo Hidalgo, Pepa Ama- dor Márquez, Rosa Matilde y Leo- nor Heintz Amador, Pepita y Juanita Klare Sáenz de Tejada y Meche y Pepa Hidalgo Baqueri- zo.
 Dres. Manuel de J. Baquerizo Noboa, Francisco Arizaga Luque, Julio Burbano Súaiza y Adolfo Hi dalgo Gamarra; y señores Guillerm o Tola Carbo, Carlos Illing- worth Noboa, Alberto Icaza Bor- ja, Hugo Marcos, Luis Cornejo Hidalgo, Luis Hidalgo Baquerizo, José Payze Miller, Joaquín y Juan José Orrantía González y Adolfo Klare Sáenz de Teja- da y Darquea.
 Retornaron de Quito los señores don Roberto Illingworth Icaza, don Efrén Icaza Moreno y don Manuel Seminario, presidente, di- rector y gerente de la Sucursal del Banco Hipotecario del Ecuador en esta ciudad.
 Llegó de la ciudad capi- tal el Honorable señor don Luis A. Báez, Encargado de Negocios de Venezuela en Quito, quien si- guió viaje de urgencia a Lima donde se encuentra una hermana enferma de suma gravedad.
 Circulan en nuestra sociedad los partes e invitaciones de estilo del próximo matrimonio de la señori- ta Mercedes María Wagner Ve- lasco con el señor Antonio Alfon- so Begué Rennella, pareja que go- za de merecidas simpatías en el vasto círculo de sus relaciones so- ciales.
 Las elegantes escuelas están

suscritas por el doctor Jorge Wagner Gilbert y señora Celinda Ve- lasco de Wagner, padres de la no- via y por el señor Antonio Begué E. y señora Mercedes Rennella de Begué, padres del contravente.
 Dadas las vinculaciones de los novios con general aprecio en nuestra sociedad, la consagración de esa boda ha de constituir una destacada nota social.
 Celebró su natalicio el señor don León Martínez Astudillo, cumpli- do y honorable empleado del Banco de Desahucio. Con tal motivo, fué objeto de múltiples fel- icitaciones por sus amigos y re- lacionados.
 Se vió muy cumplimentado el señor Marcos Enrique Verna- za Requena, con motivo de cele- brar su natalicio.
 Cumplió un año la niña Sil- via Salas Soberón.
 Festejó su mejor día el señor Teodoro Alvarado Arellano, secretario del despacho de la comi- saría segunda nacional.
 El señor Domingo Plaza Igle- sias marchó a San Rafael.
 Festejó su cumpleaños la seño- rita Judith Catalina Jiménez, cumplida empleada del almacén de Madame Iza.
 Retornó del Perú, a bordo del vapor MONTECRISTI, el señor Arturo Cepeda.
 El señor Alfonso Drouet V., festejó su mejor día.
 Festejó el aniversario de su na- cimiento el señor Antonio Neu- mane.
 Celebró el mejor de sus días, la niña Azucena Lucero Frías.
 Su mejor día festejó la seño- rita Clemencia Müller Gutiérrez.

NOTAS SOCIALES



El domingo último, en los salones de la Casa Presidencial, el Ing. don Federico Páez, Encargado del Mando Supremo de la Repú- blica, ofreció un suntuoso té a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el gobierno de la República, acto que fue reali- zado con la presencia de las esposas de la mayoría de los diplomáticos asistentes y en el que recibieron las señoras esposas del Je- fe Supremo, Ingeniero Páez, del Canciller de la República, General Angel Isaac Chiriboga y del Ministro de Gobierno Dr. Aurelio A. Bayas.—Foto Especial para SEMANA GRAFICA.

EN QUITO

SEMANA GRAFICA. — Gua- yaquil.
 Regresó a Guayaquil el señor José Santiago Castillo, Gerente del diario EL TELEGRAFO y Di- rector de SEMANA GRAFICA, de Guayaquil, después de haber per- manecido en la Capital unos pocos días para arreglar ciertos asuntos particulares y seguir de cerca las gestiones del Gobierno previas a la expedición del Decreto sobre las estaciones radiodifusoras de la prensa.
 El señor Jefe Supremo de la República, ingeniero don Federico Páez y su señora, ofrecieron en los salones de la Casa Presiden- cial una recepción al H. Cuerpo Diplomático acreditado ante nues- tro Gobierno, correspondiendo así al saludo protocolario que en días pasados presentaron los señores Diplomáticos al señor ingeniero Páez en el Palacio de Gobierno.
 A la recepción, que en todo mo- mento se distinguió por la más correcta elegancia y la más agrada- ble cordialidad, asistieron todos los Jefes de Legación y demás personal, acompañados de sus se- ñoras.
 Estuvieron presentes, además, los señores Ministro de Estado con sus señoras, y altos jefes del Ejército.
 El champagne y el buffet se sir- vieron espléndidamente.
 El personal de empleados, oficia- les y tropa de la Policía ofre- ció al señor Coronel Filemón Bor- ja, Intendente General de Policía, un suntuoso banquete, al cual fueron invitados el señor Encar- gado del Mando Supremo, señor don Federico Páez; el Ministro de Gobierno, doctor Aurelio Bayas; y el Ministro de Educación, don Carlos Zambrano C.
 La señora Margarita de Bor- ja estuvo también presente en la manifestación.
 A la hora del champagne se brindó por el agasajado, por la salud del Jefe Supremo y de sus Ministros de Estado.
 Los familiares de todos los oficia- les y policías fueron también

espléndidamente agasajados.
 Al salir el señor ingeniero Páez, todo el cuerpo de policía le rindió los honores correspondien- tes.
 La banda del batallón Pichin- cha, amenizó la fiesta con esco- gidos trozos musicales.
 A nombre de la Institución de Policía ofreció la manifestación el señor Alfonso Endara Andrade.
 Un grupo de socios del Quito Tennis Club, ofreció un suntuo- so te en honor y despedida de la señorita Bolivia Cárdenas Monge, distinguido miembro del Club y quien próximamente se ausentará a Colombia
 El doctor Catón Cárdenas, Pre- sidente del Quito Tennis Club y recientemente nombrado Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Bogotá, y su señora, doña Fina Monge de Cárdenas, fueron es- pléndidamente invitados por la comisión organizadora de esta fiesta que, constituyó un éxito so- cial, cuyo recuerdo perdurará en todas las damas y caballeros que asistieron.
 El señor José Santiago Casti- llo, Gerente de EL TELEGRAFO y Director de SEMANA GRAFI- CA, ofreció en el Hotel Metropolita- no una comida al Coronel Al- berto C. Romero con motivo de su próximo viaje a París como Adjunto Militar a la Legación del Ecuador en Francia.
 Además del anfitrión y del a- gasajado estuvieron presentes el señor Ministro de Hacienda, don Jerónimo Ávilas Aguirre; el Presidente de la Sucursal del Ban- co Hipotecario en Guayaquil y el Gerente de la misma institución bancaria.
 Se realizó en la iglesia de la Basílica el matrimonio eclesiástico del señor Robert Barts y la se- ñorita María Cristina Enriquez, actuando como padrinos el doctor Vicente Enriquez, Presidente de la Corte Suprema de Justicia y la señora Josefina Escobar de Enri- quez, padres de la bella desposada.
 Entre los asistentes no se con- taron sino personas de la familia.
 Después de la ceremonia, se sirvió en la casa de la señorita

Enriquez, la clásica copa de cham- paña por la felicidad del nuevo hogar.
 El personal docente y los alum- nos del Conservatorio Nacional de Música, ofrecieron un almuerzo al señor Gustavo Bueno, Director del Establecimiento, como una de- mostración de simpatía, reconoci- miento y aprecio por la labor que en su cargo ha desplegado y por los éxitos artísticos que ha al- canzado en los Estados Unidos.
 Circula en los círculos sociales de esta capital el siguiente parte matrimonial:
 M. Eduardo Cadena Arteaga, Noemí Torres Enriquez.
 Quito, a 26 de Octubre de 1935.
 Se ausentó a Guayaquil para dirigirse a Lima el señor don Luis A. Báez, Encargado de Negocios de Venezuela en el Ecuador.
 Su repentino viaje obedece a la grave enfermedad que sufre su hija Corina.
 Llegaron procedentes de Gua- yaquil la señora Zoila de Mar- tinez y niños y el señor Luis Mar- tinez.
 Retornó de su hacienda en A- tuntaqui el señor doctor Julio To- bar Donoso.
 El hogar formado por el señor Carlos Chacón Montalvo y la se- ñora Consuelo Ribas de Chacón ha sido alegrado con el nacimien- to de un robusto niño.
 En el tren del Norte salieron para Ibarra la señora Rosa Vás- quez de Bedón y los señores Fran- cisco López y Moisés Lara y fa- milia.
 Retornaron del Quinche las se- ñoras Carlota de Troya, Geneve- va de Suárez y la señorita Gene- va González.
 A Guayaquil se ausentaron el señor Clemente Yerovi y su se- ñora.
 Partieron para Guayaquil los señores Gilberto Muñoz, el ciuda- dano libanés A. Raad, Enrique Medina Salazar, teniente Bayardo Tobar, Manuel Rodríguez, Enri-

que Gortaire, Alfonso Carrillo S., Honorio Solórzano Díaz e hija.
 Retornó a Manabí el señor An- tonio Bucheli.
 Vino de Ambato, el señor Vir- gilio Narvéz.
 Llegaron de Guayaquil la se- ñorita Dioselina Mantilla y los señores Mayor Jorge Lemus y se- ñora, capitán César Coronel, sub- teniente Víctor J. Flores y Ar- turo G. Andrade.
 De la misma ciudad, las seño- ritas Lola Eguez, María Luisa y Adelaida Gómez y el señor Juan B. Gómez.
 En el tren del Norte llegaron de Ibarra la señora María de Ma- ya y la señorita Luisa Villalba.
 A la misma ciudad, las señori- tas Victoria Morales Rodríguez, Pepa Rodríguez Morales, Olga Ro- dríguez B. y Carmita Zúñiga.
 El doctor Gonzalo Cruz Rivera en compañía de la señorita Isabel Valdez Cruz, se dirigieron para Ambato.
 Al puerto se dirigieron el señor Carlos Chiriboga Benites y su se- ñora.
 Con la misma dirección salie- ron los señores José Bahamonde, A. Reed y Gilberto Muñoz.
 Del puerto arribaron las seño- ritas María Luisa y Adelaida Gómez.
 Para Cayambe, partieron los se- ñores Rafael León y Arnoldo Naht.
 A Cuenca partieron el señor José Fernández de Córdova y se- ñora.
 A Pifo, se ausentaron, la señora Magdalena de Torres, señoritas I- sabel Ojeda, Lucila y Mercedes Arroyo y María Garcés A. y los señores Ezequiel Torres y Carlos Hidalgo.
 A Riobamba se dirigieron los señores Alberto Mosquera A. y el doctor Gonzalo Cruz.
 Corresponsal.

EL TALLER MISTERIOSO

(Viene de la página 8)

todas mis dudas y temores, en cuanto abrí la puerta encontréme con que todas las cosas ocupaban su sitio y una espesa capa de polvo recubría los muebles, incluso la silla que se hallaba ante el caballete.

Trabajé tranquilamente, dedicándome a retocar dos o tres esbozos hechos la semana anterior, y sólo cuando cayó la noche mis ojos, como por casualidad, cayeron sobre la obra de mi antecesor. Aquello estaba bien y—cosa singular—hasta parecíame mejor, más acabado, que la primera vez.

Me aproximé. Si, verdaderamente había allí algunos toques—¡y que toques!—harto hábiles que, por cierto, escapáronse a mi anterior observación. Quedé estupefacto, aunque no lo suficiente como para no saborear la succulenta cena que mi esposa preparara y dispusiera con esmero en el pequeño comedor de la casa. ¡Al fin descansaba de las complicadas combinaciones culinarias de Rouve!

En los días subsiguientes la lluvia caía que era un gusto; ya comenzaba a desolarme y perder ánimos cuando sobrevino una semana magnífica que presto me consoló de mi reclusión prolongada y forzosa. Entonces comencé a salir desde la madrugada hasta media noche. Eugenia preparaba la merienda, y ella con sus labores y yo con mi cartera de apuntes ibámos de uno a otro lado, ya por el río, ya por los bosques, en busca de una rutilante perspectiva matinal o de un claro de luna verdaderamente romántico.

Aquella tarde, como si en días sucesivos no fuera a tener tiempo para ello, hubiera querido yo transportar a mi cuaderno de apuntes todos los rincones poéticos del lugar. Pasaba de un croquis a otro, apunte sobre apunte, aunque bien es verdad que al fin tuve que poner un poco de orden en toda aquella cosecha.

Una mañana entré al taller. Nada había cambiado de lugar: ni los cuadros amontonados en un rincón, ni mi rollo de papel Ingles, ni la tela inconclusa que había en el caballete. Empero, de inmediato experimenté la impresión, si no de la presencia de un extraño, al menos la de que alguien, que por cierto no era yo, allí había estado trajinando.

Cómo definir aquella impresión?

¿Quisiérais conocer de una manera precisa lo que entonces experimenté? ¿Lo sé yo acaso? ¿Lo sabía entonces? En tanto que yo procuraba analizar las causas de mi estado de espíritu, mi mirada se posó sobre el cuadro de mi antecesor que, como está dicho, permanecía sobre el caballete. Aquella vez no me quedaba duda. El cuadro avanzaba; se le habían agregado recientemente algunos valores harto significativos. Me aproximé a él: era imposible equivocarse: los colores estaban frescos aún. Y como si un descubrimiento de tal índole necesitara de enseguida la confirmación mediante un hecho real, al retroceder pisé un pincel, un pincel que no era de los míos y que se hallaba al pie del diván.

Cai sobre la silla y permanecí allí, inmóvil, desconcertado, atónito, no sé bien cuánto tiempo. Eugenia me arrancó de aquel ensimismamiento cuando vino a llamarme para el almuerzo en el cual ya ni pensaba yo. Nada le dije de lo que me acababa de suceder. Literalmente, no tenía ni fuerzas para ello y, además, Eugenia, si bien es gentil y hacendosa, no posee una muy marcada lucidez intelectual, por lo que en aquella circunstancia la juzgué incapaz de abordar semejante problema como no fuera para burlarse descaradamente o comenzar a temblar espantada.

Pero, por mi parte, resolví acudir al taller aquella misma noche y proceder valientemente, fuera lo que fuera.

Yo no sé si os dais cuenta, pero las perspectivas de una entrevista con un fantasma no fueron las más indicadas para tenerme alegre en todo el resto del día. Después de almorzar salí, pero solo y sin los menores deseos de trabajar. Anduve errante por un campo de trigo que a punto estaban de cosechar; y en medio de toda aquella inmensa alegría de la naturaleza en plena fructificación mi tristeza y desgano acentuáronse más aún, trocándose en negrura y tristeza el brillo y el fulgor que a mis ojos se brindaban.

Bien temprano retorné a mi casa. Y murmurando un pretexto cualquiera, un dolor vago de cabeza, subí a mi dormitorio en busca del revólver que guardaba en el fondo de mi maleta.

Se trataba de un revólver anticuado y mohoso que un domingo, en previsión de no recuerdo qué percañero amoroso, adquirí en el Mercado de las Pulgas, y que desde entonces virgen de todo contacto con las balabas había permanecido. En el trance, juzgué que aquella arma inofensiva, aunque sí amenazadora, sería un

valioso auxiliar y, con cuidado, la coloqué en el bolsillo habitualmente destinado a mi pipa y el consabido paquete de tabaco. Hecho lo cual torné a bajar y me senté en un banco, frente a la portada de la casa.

Mis croquis habían quedado desordenados; pero creo que ni por un imperio hubieran logrado hacerme volver al taller para arreglarlos. Estaba resuelto a ir, si, pero a las once o a media noche, cuando Eugenia se hallara en pleno sueño y no tuviera que darme explicaciones de ninguna especie.

Concluida la cena, para mejor disimular decidí acostarme. Eugenia, como siempre, al poco tiempo, hizo otro tanto. Y mientras que mi compañera se hundía, confiada, en el primer sueño, yo veía bien despierto, cavilando en los acontecimientos que se preparaban.

Pensaba sin método, las ideas un poco a la deriva, el oído atento; y uno después de otro, los mil rumores de que está lleno eso que ignoro por qué se llama el silencio campesino, alarmáronme y atrañaron mi vigilante atención. En algún momento creí sorprender un ruido de pasos y sobre los guijarros de los senderos del jardín. Pero aquello era una ilusión y no quise ni levantarme

“ER FINAO”

Viene de la página 18

dás cuenta q' jai q' gozá... Los pulposos labios de la montuvia se abrieron sensuales.

—Así me gusta, Gabuchita, q' te dejes de aguadeces pensando en duendes y mentiras...

Beoda, ella le abrochaba la cotona; le escarmenaba el zambo; lo palpaba. Lo atrajo con rudeza, y se tendió largo a largo. Las cañas crujían...

Pero la sugestión atenazaba a la infeliz montuvia. Tenía la aberración de que "er finao", la perseguía. A veces odiaba al pai-pai. Para que se seque, picábale las raíces y corteza, regábalo con orines y agua caliente. Y la idea de huir para siempre de esos lugares se hizo angustiosa. Aquella tarde era el último domingo que Gabriela pasaba en esas tierras llenas de feos recuerdos. Partían al pueblo el día siguiente, y de allí seguían para las montañas.

—Amancio, quiero recorré la posa jó irltina vez... cogé guevos 'e gallaretas... pichones de "guagues"... ya bós tenés q' dajme gusto, como yo te lo ei dao...

El montuvio arrugó el entrecejo; la miró ceñudo. No comprendió dichas palabras. Desembarrancó la canoa y se entraron en esos lechugales y helechos secos que flotaban en las prietas aguas... A lo lejos se recortaban los confusos techos de las chozas. En la orilla un muchacho arreaaba las vacas al corral; vaca, jójojojoe, jópe... Mas allá, la choza de no Marcelo entre naranjos. Atrás, una chacra con el infaltable espantapájaros que extendía al cielo sus brazos de garabatos, vestido burdamente con un raído sombrero de mocora y un poncho deshilachado. Frente a ellos, a la canoa, el árbol de pai-pai, tétrico, inmóvil. A su vista, los senos de Gabriela temblaron. Se agarró trémula al borde de la canoa. Amancio dejó el canaleta y se le acercó.

—Qué te pasa, fiata?... argún caimán?...

Después de algunos segundos, continuó:

—Gabuchita mía, te quiero... no me hagas sufrí... pero qué ves? ar ganao?... Las uñas de la campesina se clavaron en su hombro,

—Chupa, Amancio!... er ánima de Pánfilo está corgando en er pai-pai... fíjate como guinda el cadáver... se mueve...

Amancio sintió miedo; dos veces lo había perseguido el ánima de su padre dizque para indicarle un entierro; también había visto la vela del muerto. Se le erizaron los vellos.

—... I éso, Amancio, nó lo de ésa noche... tu me obligaste a rendirme... yo estaba juma...

En el campesino, redobló la angustia; se puso terroso.

—Qué decí mujé, yo no ei vivido con bós nunca... me habís negao ese favó siempre...

—Lo negás, perro... tuya fui... q' me lleve ar ánima der difunto si miento... ai, Pánfilo... si tu viteras...

De un brusco agarrón, Amancio la tumbó en el fondo de la canoa.

—Perra, te habís condenao... nó tu mesma boca... habís vivido con Cancio q' tiene la maña en todo velorio, perdejse de petate... mardición...

Pero ella lo arañaba, como gata; lo acosaba a golpes. Enmarañada, rota la bata, dejaba al descubierto sus senos y sus muslos. Sus pupilas desorbitadas, fijas en el pai-pai...

... er finao me llama... me sirba er zorzal... allá voi, Pánfilo.

—Adonde vés, animal, que te friegas...

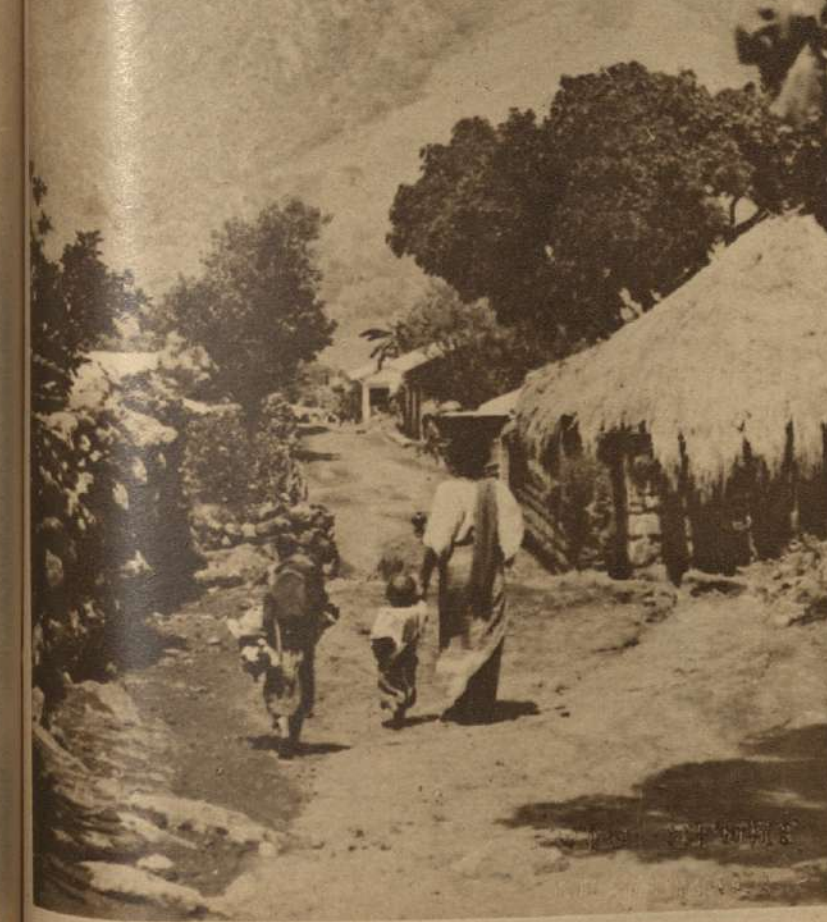
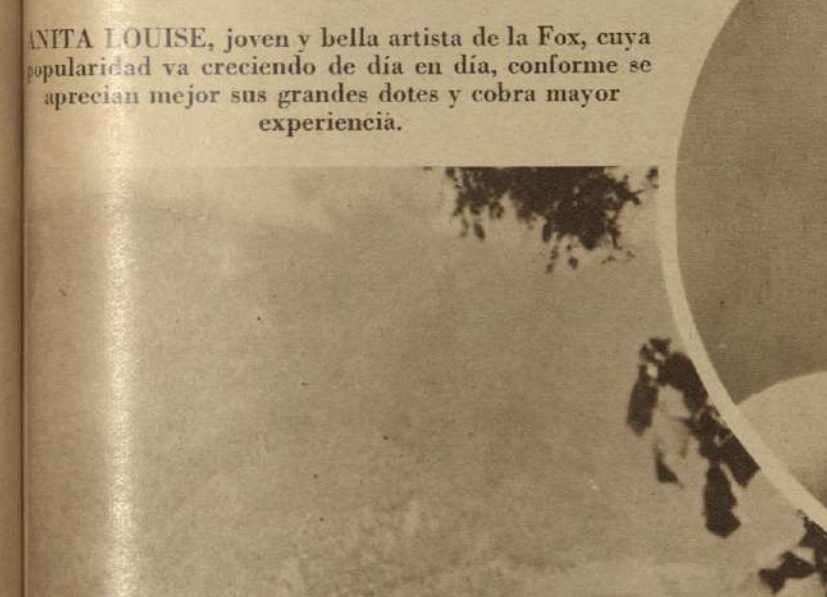
Y las manazas de Amancio le agarraron las piernas. Dió un traspíe y cayó al borde de la canoa de guachapeli. Esta osciló y dió un vuelco de campana. Los lechugales se abrieron; los patillos y chacotas, gritaron. Los lagartos zapatearon. El montuvio emergió entre las cenagosas aguas. Pero en su derredor, las sombras brotaban del agua. Mascando el "Padre-nuestro", persignándose, nadó rempiendo helechos. Y llegó a la orilla, lodoso, con las quijadas contraídas; con los brazos dormidos, sin acción... Buscaron en vano, el cuerpo de Gabriela. No Marcelo conjuró al espíritu de Pánfilo. Luego empezó a insultarlo horriblemente, y nada. Cuando, tras un litro de aguardiente, reaccionó Amancio, solo gageó, inardiculado

José Paredes-Litardo,

Emilio SEDEIN.



LA PLAZA DE LA CONCORDIA, DE PARIS, en una tarde de lluvia, con la célebre estatua de Estrasburgo en primer término, el Palacio Borbón a la izquierda y la Torre Eiffel a la derecha.



PINTORESCA VISTA de una aldea indígena en Guatemala, ubicada al pie de una montaña. Paisajes como el que aquí damos abundan en la región montañosa de ese país.



DOROTHY PAIGE, artista de cine y de radio, que terminó recientemente una película con Edmund Lowe para la Universal y está ahora cantando por radio en Nueva York.



LUCRECIA BORGIA guardaba en este mueble, recién llegado a Londres para su venta, los célebres venenos cuyo secreto se ha perdido, aunque parece que en el mueble mismo hay grabados con una daga ciertos signos sobre la composición del "Aqua Toffana".

